

EL MEXICANISMO DE ALFONSO REYES

A la memoria de Héctor Pérez Martínez

Lo mexicano se ha convertido en un problema, el central, de la ciencia y el arte mexicanos; problema éste "que nos es constitutivo", dice Emilio Uranga en su *Análisis del ser del mexicano*. Saber qué somos, cómo somos, qué meta perseguimos, preocupa al investigador que hace públicos sus pensamientos, sus hallazgos y sus conclusiones, y preocupa también, sólo que en silencio, en introversión, al indio que durante horas enteras, en cuclillas, trazando signos enigmáticos en la tierra, ve pasar frente a su mirada, al parecer vacía, los días y las horas de descanso.

El filósofo estudia, piensa, medita; y el indio, ignorante de lo que vale como parte de una fórmula sociológica, piensa, medita y calla, con un arisco y rencoroso silencio.

La matanza de Cholula, la piragua imperial y fugitiva, los pies de Cuauhtémoc —claveles encendidos en la noche de la conquista— y trescientos años de coloniaje, no pueden menos que silenciar al indio, haciéndolo desconfiado y hosco, y empujar al mestizo hacia una duda, hacia la disyuntiva de dos caminos que al arrancar del mismo punto, tienen su vértice en él.

Encontrar en las reacciones del mexicano autóctono y en la repetición de sus actitudes frente a la vida y frente a la muerte, lo que piensa y se cuida de transmitir, y saber lo que resuelve el mestizo —punto crucial de la raza de bronce y la raza de sol—; saber si éste toma el partido de la lengua que habla y del Dios que le enseñaron a adorar, o siente en sus carnes la herida de la espada que decapitó una cultura, y el dolor de los ídolos caídos, y la sed de venganza que se alimenta contra todo lo extraño, allá, en la choza serrana o en la campiña de sol, es lo que preocupa al investigador mexicano de este momento científico del que todos formamos parte.

El indio y el mestizo son base y columna de nuestra nacionalidad. El indio, que como virgen promisoría defendió su pureza y al fin la entregó bajo el choque viril de la conquista; y el mestizo, fruto, producto de una embestida violenta, por un lado, y de una resistencia esteticista y sensual por otro. Pasión y arte, ni más ni menos, que no otra cosa, integran la estructura espiritual del mestizo mexicano. Ingredientes que a veces nos llevan a la acción destructiva del "machismo" y en ocasiones al ademán fino y a la contemplación reflexiva del fenómeno artístico. Por esas rutas, violencia y reflexión, mezcladas en una misma corriente, se ha encauzado el espíritu del mexicano, ejemplificado, sin titubeos, por las manos maestras de José Clemente Orozco y Diego Rivera en la pintura; por Silvestre Revueltas y Carlos Chávez, en la música; por Manuel José Othón, Ramón López Velarde, José Gorostiza, Carlos Pellicer, Octavio Paz, en la poesía; por una cauda de estudiosos investigadores encabezados por Alfonso Caso, en la arqueología y la antropología; por Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, Salvador Reyes Nevárez, Emilio Uranga, etc., en el ensayo crítico, histórico y filosófico; disciplina esta última que con mayor hondura ha penetrado en la investigación de nuestro ser; porque no puede negarse que son la filosofía y sus afluentes los que, en lo que va de nuestro siglo, han realizado una expresión científica y metódica con visos de conclusión perdurable.

A nuestro personaje de hoy puede encuadrarse en la poesía y en el ensayo crítico e histórico. De su labor en el terreno poético ya se ocupó con precisión el poeta Manuel Lerín en una conferencia anterior a la lectura de estas líneas. Yo no insisto en ella —y lo diré de una vez— porque no siento el sufrimiento ni la alegría poéticas en los versos de Alfonso Reyes; y que me perdonen —si merezco esa gracia— quienes piensan y sienten lo contrario. No creo que haya ni la más remota mala intención en mis palabras; son ellas, sencillamente, el vehículo de mis apreciaciones desde el ángulo de mi concepto poético. La sensibilidad no puede aceptar normas que vienen del exterior; por tanto, no puedo obligarme a

sentir algo que mi espíritu no acepta, aunque mi pensamiento de ninguna manera repudia. Pienso que se debe esto a un fenómeno muy común entre el poeta, el artista en general, y quien lee, contempla o escucha su obra, y que se llama, para no inventar palabras, como lo hacen los filósofos para que nadie los entienda, *falta de comunión espiritual, ausencia de afinidad sensitiva* entre quien produce y quien debe consumir. No hay pues deliberado pensamiento ni mucho menos reflexión pedante. Sencillamente, la obra poética de don Alfonso Reyes, en su mayor parte, no me transporta a ningún paraíso ni me lleva tampoco a ningún infierno. Conste que digo que a mí no me gusta, porque no me emociona, y nada más; como por la misma o por otras razones dichas al oído de los amigos de confianza, no les gusta tampoco a muchos de los que firman elogios a los versos del príncipe de nuestras letras. Decir lo que se siente y piensa sin saltar las fronteras del respeto, se llama sinceridad; y yo siempre he querido ser un hombre que posee esa virtud, para poder conocerme a mí mismo, y así poder darme a conocer plenamente, desde el primer momento, a quienes forman el mundo social en que me muevo.

Por otra parte, no creo que el maestro Alfonso Reyes necesite la gloria del poeta para poder sostener la de gran escritor. Sus ensayos, todos lo sabemos, están escritos en una prosa que encanta, que subyuga, que atrae, que enamora. Negármelo, sería tanto como pretender tapar mi sol con el dedo meñique. Ya lo dije en otra ocasión desde las páginas de "El Nacional": el maestro Alfonso Reyes escribe tanto y tan bien, posee un estilo tan claro, tan puro, tan sencillo, y tiene un conocimiento tan hondo del idioma español, que, insisto en ser sincero, no parece académico de la lengua.

Su vida literaria ha sido fecunda y pródiga; su obra, vasta; tanto que después de la publicación de *Minuta*, cuando algunos creyeron ver el principio de su "irremediable decadencia", el maestro pudo responder al equivocado atisbo, diciendo con sutil ironía: "después del cual (se refería a *Minuta*), en efecto ya sólo me quedaron fuerzas para escribir poco más de cuarenta libros".

Y harto difícil resulta para cualquier estudioso el análisis crítico de su obra; más no se crea que ello es por la extensión que ha alcanzado, ya que se lee con delectación e interés nunca menguados, sino por la suficiencia con que están tratados todos y cada uno de los temas que contiene. Hacer una crítica rigurosa, diseccional, es positivamente difícil; pretenderlo tan sólo requiere una audacia digna de empresas menos importantes. Para poder criticarlo sin exponerse al ridículo ni a repetir a cada paso: "excelente", "excelente", y "excelente", se necesitaría elevarse previamente hasta las alturas de su talento y de su erudición.

El maestro Reyes antes de escribirlas y de darlas como preciosa aportación, aportación a la cultura, mide y pesa cada una de sus palabras y de sus afirmaciones. No hay en toda su obra un solo tema tratado —y que son muchos y diferentes— en que no se revele como un conocedor capaz de impartir una cátedra. ¿Entonces, qué me queda por hacer a mí, alumno retrasado en el curso cultural del Universo, si no respetar la sabiduría y aprender las lecciones del maestro, cuya erudición —hablaré en tropicalismo campechano— aplasta a la Enciclopedia Británica? Pero como no nos es dado permanecer inactivos sin correr el riesgo de perecer, vengo aquí a manifestar mi movimiento, tomando de los cabellos un aspecto escabroso de la obra del maestro Reyes: *su mexicanismo*. Y he dicho escabroso, porque el concepto de nacionalismo que él tiene es diferente del que vuela en el ámbito patrioterico de México.

Ya en plena madurez física y literaria, ratificó su pensamiento de juventud en relación al criterio equivocado que se tiene del mexicanismo, diciendo, entre otras cosas, "reconozcamos que, para ser buen hijo de México tampoco es fuerza invocar el nombre de la patria desde el aperitivo hasta los postres, costumbres que algunos cultivan y no pasa de una lamentable afectación, tan buena para conducir derecho a la esterilidad como todos los exhibicionismos". Y en efecto, nada se gana con la repetición sistemática del nombre de México y de los temas mexicanos, si quien los pronuncia o los

relata lo hace desde el lecho de la molicie y con un espíritu ajeno a toda manera mexicana.

Don Luis Garrido, en su estudio sobre Alfonso Reyes, señala la posición del Maestro frente al problema del mexicanismo, diciendo: "El nacionalismo de un escritor no se finca en la cantidad de cuartillas que ha dedicado a los asuntos y cosas del patrio solar, sino también, y acaso más, en la sensibilidad de origen, de raza, con que capta lo que le rodea. Cuando una imagen se refleja en un espejo, adquiere el tono y las deformaciones de éste. Así lo que da el carácter a lo que se produce no es el objeto sobre el que se habla, sino la forma y términos con que se le siente y describe. Por ello Alfonso Reyes no deja de ser un escritor mexicanísimo aunque escriba acerca de París, Madrid o Río de Janeiro, ya que sus impresiones no se apartan de la ruta instintiva y natural del que se ha formado en el crisol de nuestra propia realidad. El mundo físico y el mundo moral que la patria representa no han dejado de presidir sus creaciones."

Como ejemplo confirmatorio de las palabras de don Luis Garrido, cabe citar una anécdota del Maestro Reyes, contada en *A vuelta de correo*: "Hace años, en Madrid, — dice don Alfonso — con motivo de cierto aniversario mallarmeano, se me ocurrió convocar anónimamente a una docena de escritores, para consagrar en el Jardín Botánico, cinco minutos de silencio a la memoria del maestro simbolista. La sencilla ceremonia acabó con fortuna y dejó buen recuerdo. Pues bien: José Ortega y Gasset advirtió al instante, con esa sagacidad tan suya, que aquella iniciativa tenía cierto saborillo extranjero, y, en el caso, hispanoamericano; y por aquí descubrió que el responsable de todo era el mexicano. Y, sin embargo, el acto, en su contenido aparente no tenía un átomo de mexicanismo".

Con lo que se demuestra que no es el asunto el que apunta el origen del escritor, sino la manera de tratarlo, el toque espiritual que le da a sus expresiones, la orientación que le imprime, y también el motivo por el cual fué escogido el tema, por ejemplo, de

Lope o de Mallarmé. En todo esto hay que buscar, para poder encontrar, la nacionalidad psicológica del escritor o del artista. Y así como el genial Diego Rivera pinta a Marx, Lenin o Stalin, sin dejar de ser un pintor mexicanísimo, porque lo hace con "sensibilidad de origen, de raza" mexicanos, así también Alfonso Reyes, valor universal, toma de la mano a Virgilio para enseñarle las campañas mexicanas, para hacer del poeta de Andes un poeta nuestro, y penetrar con él en la historia de México por el emblema de la patria —águila y serpiente en lucha, buscadas por las siete tribus migratorias— cuya imagen encuentra Don Alfonso en la *Eneida*, en el párrafo en el que el poeta latino describe el combate entre un águila y una serpiente; y con Virgilio, un Virgilio mexicano, recorre los caminos de nuestra nacionalidad, mostrando al gran poeta latino la semejanza entre "el amor de Venus para Eneas" y el encuentro de la Malinche y Hernán Cortés, anticipo, prólogo de la entrega total y conceptiva; la actitud del Rey Latino ante el propio Eneas, la cual parece repetirse en la llegada de los conquistadores españoles al Imperio de Moctezuma "el doliente". Y así sucesivamente, moderno cicerone mexicano del antiguo Virgilio latino, va señalando, en su *discurso* por ese gran poeta, con espíritu mexicanista, los numerosos parangones que pueden hacerse entre los personajes, los hechos y el escenario virgilianos, y la realidad histórica de México; y toma la obra del poeta como texto que cultiva en todos los pueblos el espíritu nacional; porque "la lectura de Virgilio —dice Reyes— es fermento para la noción de la patria, y a la vez que modela su ancho contorno, lo llena con el contenido de las ciudades y los campos, la guerra y la agricultura, las dulzuras de la vida privada y los generosos encantos de la plaza pública".

En su *Discurso por Virgilio*, es quizá donde don Alfonso Reyes se manifiesta con más espíritu mexicanista, porque no se concreta a la narración anecdótica ni al parangón histórico, sino que tomando como base la esencia de la poesía del gran latino, manifiesta su preocupación por un problema permanente de nuestro pueblo; el problema agrario, que en México tiene un exquisito sabor virgi-

liano, como hace notar con atinado juicio don Alfonso Reyes, al relatar la conversación que tuvo con un Presidente de México, quien "insistía en la urgencia de enseñar las ventajas y los placeres de la agricultura a nuestra gente campesina, enviciada primero por la exclusiva atención que la Conquista Española dió al laboreo de las minas, y amedrentada después por la esclavitud práctica a que la reducía el sistema de las grandes 'haciendas'. Y lo que menos se le ocurría pensar —comenta Reyes— era que, con elementos de la realidad mexicana más inmediata y apremiante estaba glosando las "Geórgicas, y entraba por propio y natural derecho en el reino del gran Latino". Y así va don Alfonso por el ejido y las parcelas de la Revolución Mexicana en un *Discurso por Virgilio*, en el que ve al cura Hidalgo como un "héroe propiamente virgiliano", porque "al padre de la patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio". Porque en el cura de Dolores hay, como en el espíritu y la obra del poeta —las *Geórgicas* y la *Eneida*— una mezcla de sentimiento agrario y de impulso guerrero. Así como también —imagen virgiliana— en el combate de nuestros hombres en un pasado inmediato, se tomó la lanza guerrera para dar posesión de la tierra —primitivo y justo derecho —solo a quien se dedicara a cultivarla.

"Y para ser todavía más nuestro —dice don Alfonso—, Virgilio es él cantor de los pequeños labradores, de los modestos propietarios rústicos, de la parcela independiente que él veía, de niño, cultivar a su padre". Visión mexicanísima de una inocultable realidad nuestra; la parcela, el ejido y el pequeño agricultor mexicanos, asaltan el pensamiento del maestro y lo impulsan a darnos como conciudadano, a un poeta que hasta entonces creíamos que no tenía más relación con nosotros que las raíces latinas del idioma que hablamos. Pero "también entre nosotros, después de las luchas interiores, se impone la necesidad de la política agraria para crear la nueva riqueza nacional y devolver a los pueblos el contentamiento con la tierra. Los gobiernos reconstructores quieren que se deje oír la voz de Virgilio".

Pero dejemos el *Discurso*, cuya belleza nos ha obligado al comentario y a la transcripción extensos, porque la obra del maestro Alfonso Reyes está llena de preocupaciones mexicanistas. Ya está probado que no es el tema sino la manera de tratarlo y la intención que con él se lleve, las que dan la nacionalidad psicológica del escritor. Sin embargo, Reyes ha sido víctima de los ataques de quienes sólo han visto en su obra el nombre de Virgilio que es un poeta latino, el de Valle Inclán que es un escritor español, y el de Mallarmé que es un poeta francés, maestro de un movimiento literario que no nació en México. Por esos estudios que forman parte de su dilatada obra, se acusó, hace algunos años, a don Alfonso de que sufría una "evidente desvinculación de México" y de los problemas mexicanos; y fue mi ilustre paisano Héctor Pérez Martínez, quien, desde las páginas de "El Nacional", rompió lanzas contra el escritor y en esa época también Embajador de México en Brasil. La juventud que es inexperiencia y qui jotismo, hizo que el posterior autor de *Juárez, el impasible* y *Cuauhtémoc*, no midiera ni pensara —como acostumbra hacerlo el maestro Reyes— el alcance y el valor de sus afirmaciones acusatorias. Ligereza propia de la edad que tenía el interpelante, la cual provocó una respuesta con ribetes de reprimenda, que sirvió, más que para otro fin, para que don Alfonso precisara, otra vez, pero en ésta con mayor amplitud, su concepto del mexicanismo. Volvamos pues a repasar las páginas de *A Vuelta de Correo*, publicadas en edición privada en Río de Janeiro, a raíz de la interpelación de Héctor Pérez Martínez.

Al incluir esta autodefensa en *La X en la Frente*, don Alfonso le antepone al texto original unas líneas que satisfacen su ambición de recordar limpiamente a Héctor Pérez Martínez, escritor brillante que unía a su talento el arrebató y la exaltación del trópico nativo. Cada palabra del maestro destila un sabor agradable de amistad y de cariño, de finura sentimental. En la interrogante con que concluye su breve prólogo, está la comprobación de la tesis de Salvador Reyes Nevaes, quien sostiene que "el mexicano es hombre de oscilaciones que va de un punto determinado al opuesto". Don Alfonso